

tidos y expuesto á la burla de una soldadesca desenfadada; cuando recuerdo ese cadáver cubierto de sangre, el cerebro hueco, la boca sangrienta y los ojos entreabiertos, pero sin brillo ni luz, con los brazos en la horrible posición en que fué suspendido, entonces la sangre se agolpa á mi corazón, mis nervios se estremecen, se me eriza el cabello, se me embarga la voz y siento que de mi pecho se escapa un rugido de venganza y maldición.....!"

Si Leandro Valle hubiese vivido, habría llenado con su gloria las páginas de nuestra historia contemporánea, habría llegado á los puestos más eminentes y contribuido como el mejor al engrandecimiento de México; tenía para lograrlo las dotes necesarias; bien lo demuestra la aureola que circunda su nombre, á pesar de haber sido tan rápida su carrera, tan breve su existencia. Soldado valiente y leal, hombre honrado y generoso, Valle, á los veinticinco años de edad, era uno de los primeros generales mexicanos.

"El amor le circunvala,—dice un escritor—las balas parecían respetarlo, los jóvenes se lo apropiaban, los viejos se complacían con una juventud tan hermosa. Pronto en la acción, elocuente en la palabra, jovial en la vida privada, nunca el rencor empañó su espíritu; una buena acción le conmovía hasta las lágrimas; el amor á sus padres y á sus hermanos era la vida de su corazón. Esa hermosa vida que formó remanso en un bosque de laureles. Cuando el rayo de un amor virginal venía á desatar con su casto halago nuevos tesoros de ilusiones y de esperanzas, lo llamó la voz del deber, y del centro de un festín partió para el patíbulo.

"Después de su desastre, cuentan testigos presenciales, que en el mismo cuadro en que se le iba á fusilar, al lado del árbol tronchado de que fué suspendido, después de haber escrito dos cartas, tesoros de ternura, de misericordia y de grandeza de alma, se volvió á sus enemigos, y les dijo haciendo alto:

—Díganme ustedes, ¿cómo ha sido esta derrota?

Le explicaron que creyendo combatir á sólo Gálvez, Márquez le había sorprendido.

—Bien,—dijo sonriendo—no hay remedio.

Instáronle para fusilarlo como traidor.

Rechazó la nota infame; protestó su consecuencia de sentimientos.

Degeneraba en porfía..... se reclinó en el árbol, y sonriendo y con voz entera dijo:—¡Fuego!!.....—Se oyó una horrorosa detonación, le envolvió el humo como un sudario, y como un velo con que el mismo asesino le ocultaba..... cuando desapareció el humo, se movía convulso, en pie, abrazado á su patíbulo."

Así murió Leandro Valle.

VÁZQUEZ, Francisco Pablo.

Ejemplar sacerdote, escritor distinguido, protector de las artes, diplomático hábil, y, para decirlo en una sola frase, mexicano que honró á su patria, fué el ilustrísimo Sr. D. Francisco Pablo Vázquez, de quien vamos á tratar.

Nació en Atlixco (Puebla) el día 2 de Marzo de 1769, hijo de D. Miguel Vázquez y de D^a Rafaela Sánchez. En 1778, ya terminados sus estudios, pasó al Seminario Palafoxiano de Puebla, y cursó en él filosofía y artes. En la Universidad de México se graduó de bachiller.

Alcanzó por oposición la cátedra de San Pedro y San Pablo en 1789, y concluido el curso se le confirió el título de catedrático de concilios, historia y disciplina eclesiástica. De esta manera no sólo difundía sus conocimientos, sino que él adelantaba, de modo que cuando contaba veintiseis años de edad, obtuvo los grados de licenciado y doctor en teología, habiendo presentado un exámen brillantísimo.

Nombrado cura de la parroquia de San Gerónimo Coatepec, permaneció allí hasta 1798. Después alcanzó, por oposición, el

curato de San Martín Texmelúcan, donde sirvió más de seis años, pasando en seguida con el mismo carácter al Sagrario de Puebla.

El obispo Campillo, en atención á los grandes méritos del Sr. Vázquez, le nombró secretario de cámara y gobierno. Ganó por oposición la canongía lectoral vacante, tomando posesion de ella en 28 de Marzo de 1818. Habiendo ascendido en 1º de Octubre á la dignidad de maestrescuelas, fué nombrado por el supremo gobierno enviado extraordinario y ministro plenipotenciario cerca de su Santidad. El cargo era harto delicado, pues que ninguna nación europea habia reconocido la independencia de la República, y la corte romana expidió, bajo el pontificado de Leon XII, la célebre é inoportuna encíclica que tantos disgustos proporcionó al jefe de la Iglesia.

El Sr. Vázquez se embarcó en el bergantin inglés "Swiftsure," y apénas se habia ausentado del país, la calumnia empezó á perseguirle, valiéndose de su embozado puñal para herir su reputacion; se le atribuía desafecto á la causa de la República; se le suponían inteligencias secretas en la corte romana y miras ambiciosas y mezquinas. Además de sus nobles antecedentes, que eran los suficientes para sincerarse y desconcertar á sus enemigos, el gobierno mismo poseia un documento que aseguraba el triunfo del Sr. Vázquez, y ese documento era el oficio que en contestacion á otro dirigió desde Bruselas el señor ministro de Relaciones, el cual dice á la letra:

"Los papeles públicos de Europa han dicho ya la indignacion que causó el impolítico paso de Roma, y lo mucho que se ha escrito contra su conducta con respecto á la República de México, lo cual ocasionará que sea más circunspecta en lo sucesivo, y las cortes europeas acabarán de conocer el entusiasmo de los mexicanos por su independencia, la cual no podrá arrancárseles por medio de arterias, ineficaces ya en el siglo en que vivimos."

Empezó á negociar con la corte de Roma desde que llegó á Londres; siguió despues haciéndolo desde Paris, valiéndose de todos los resortes que le sugerian su buena causa, la elevacion

de su talento, la instruccion de su juventud con sólidos estudios, su aptitud diplomática y demas bellas prendas y dotes que le adornaban. En el mes de Diciembre de 1828 pasó el Sr. Vázquez á Florencia, donde recibió nuevas instrucciones que le ponian en via de obrar más activamente, y él les hizo las observaciones y correcciones que, aprobadas por el gobierno, dieron un feliz resultado. Sus trabajos con la Silla Apostólica, ocupada primero por Pio VIII y despues por Gregorio XVI, fueron dirigidos con la habilidad de un gran político, y concluyó, por último, con un arreglo entre la Sede Apostólica y el supremo Gobierno de la República.

Sus trabajos, entre otras cosas interesantísimas, motivaron que quedasen nombrados obispos para las diócesis vacantes los Sres. Gordoá, Portugal, García, Zuviría, y Belaunzarán; despues de obtenido esto, y de haber sido preconizados en el consistorio de 28 de Febrero de 1831, fué consagrado el Sr. Vázquez en Roma, por el cardenal Odescalchi, el 6 de Marzo. Regresó en seguida á su patria, haciendo su entrada en Puebla el 2 de Julio del mismo año.

Puebla no podrá olvidar nunca los eminentes servicios de este prelado: fundó allí la casa de correccion de mujeres; el hospicio le debe inestimables bienes; la sociedad entera tuvo motivos para estimarle en sumo grado.

Sus cartas pastorales demuestran su virtud y sabiduría, y sus notas diplomáticas le colocan entre los más hábiles representantes que México ha tenido en el extranjero.

Tradujo con perfeccion la "Historia de México" por Clavijero; las "Cartas de unos judíos alemanes y polacos á Voltaire;" dejó manuscritos importantes sobre diversas materias, y acopió en su riquísima biblioteca documentos raros que merced á él se salvaron del olvido.

En sus viajes reunió muchos cuadros de los buenos maestros europeos y coleccionó gran número de la escuela mexicana. Su casa era un verdadero museo, en el que, á primera vista, se descubrian la ilustracion, el buen gusto y el talento del Sr. Vázquez.

Conservamos en nuestro poder copia de varias notas diplomáticas escritas por este ilustre mexicano, y en ellas hemos admirado más de una vez su profunda ciencia, su sagacidad y la belleza y correccion del lenguaje en ellas empleado.

El Sr. Vázquez falleció en Cholula el día 7 de Octubre de 1847. El Estado de Puebla puede enorgullecerse de haber sido cuna de varon tan eminente.

VELA, José C.

“Es digno de que á su memoria se escriba un libro,” decia en los últimos años de aquella vida infatigable en el servicio de las letras, el sabio doctor D. Justo Sierra, al oír hablar del distinguido sacerdote yucateco objeto de la presente biografía. No se escribió el libro á él consagrado exclusivamente; pero, en las páginas de otro en que se registran los de gran número de ilustres yucatecos, pudo el mismo que hoy traza estas líneas, honrar al elocuente orador, al patricio eminente, y así lo hizo.

El Sr. Dr. D. José Canuto Vela nació en la ciudad de Tekax el día 19 de Enero de 1802, hijo de D. Andrés Vela y de D^a Petra Rojas. Apénas concluyó su instruccion primaria, dedicáronle al comercio sus padres, y esa habria sido su profesion, si un sacerdote, conociendo en él grandes disposiciones para las letras, no se hubiese propuesto darle lecciones de gramática latina. Su padre, que preferia el trabajo material al intelectual, opuso tenaz resistencia á que Vela fuese á continuar sus estudios á Mérida; pero todo fué inútil. Una vez en la capital de Yucatan, asistió á la cátedra de D. Manuel Jimenez Solís, uno de los primeros promovedores de la independenciam, y despues á la del célebre D. Pablo Moreno, en la que se enseñaba la filo-

sófia moderna. Venciendo cuantos obstáculos opone la pobreza, Vela continuó sus estudios; y ya en 1821 le vemos regentando una cátedra de gramática latina, y hacerse sacerdote en 1825.

Consagróse á la oratoria sagrada, en la que reveló talento brillante, sólida instruccion y facilidad suma para expresarse.

De 1829 á 1848, el doctor Vela desempeñó muchos cargos y empleos de la Iglesia y del Estado, á satisfaccion de todos, como los de cura párroco en diversos lugares, promotor fiscal de la curia eclesiástica, consejero de gobierno, diputado al Congreso, y otros varios.

El año aciago para Yucatan (1848), brindó al Dr. Vela oportunidad espléndida para consagrar su inteligencia y su persona misma á la salvacion de su patria. No es en este lugar en donde puede y debe describirse la devastadora guerra de los indios bárbaros, fuente de inmensas desgracias para la península de Yucatan. Bástenos recordar que el Dr. Vela, en unión de otros dignos sacerdotes de grata memoria, fué investido entónces con el doble carácter de comisionado eclesiástico-político para pasar al campo enemigo, como lo verificó, arrojando peligros y penalidades sin cuento, con evangélica resignacion y con osadía tal, que el 27 de Febrero de 1852 predicaba en el campamento de Chan Santa Cruz sermon elocuentísimo.

Recorriendo las páginas de la historia de la guerra de castas en Yucatan, encuéntrase á cada paso el nombre del sabio sacerdote, del apóstol de la civilizacion, del Dr. Vela, para quien ni las enfermedades, comunes en penosa campaña, ni el fragor de los combates, eran suficientes á apartarle del cumplimiento de sus deberes como capellan del ejército y como comisionado político. En esos años recogió multitud de documentos importantes para la historia de aquella guerra, que pensaba escribir. Desgraciadamente, el ejercicio de su ministerio le impidió realizar su propósito.

El Dr. Vela es citado entre los escritores en lengua yucateca ó maya con gran estimacion: dicen los inteligentes que su estilo es perfectísimo y que fué un gran orador en ese idioma, con-

servándose un documento que lo testifica, y es la traducción de la "Carta Pastoral" que el Sr. Guerra dirigió á los indígenas del país en Febrero de 1848, traducción que es un modelo en su género.

Siendo cura párroco de la ciudad de Izamal falleció este varón esclarecido, en la de Mérida, el día 11 de Agosto del año de 1859.

VELÁZQUEZ LOERA, Miguel.

El capitán de la Acordada, D. Miguel Velázquez y Loera, nació en la ciudad de Querétaro el año de 1670. Nada sabemos de la manera en que trascurrió su vida hasta que en 1716, es decir, contando 46 años, llegó á México el 10 de Agosto, nombrado por el marqués de Valero, capitán de la Santa Hermandad, ó Acordada, cuyo empleo había desempeñado su padre. Encierran una particularidad la vida pública de Velázquez Loera y la de su hijo, que le sucedió á su vez en el empleo, como él había sucedido á su padre. Consiste esa particularidad en que para narrar los servicios de ambos queretanos se ha dado una idea de la situación que guardaba nuestro país en aquella época de la dominación española. Frecuentemente los enemigos del nuevo orden de cosas creado por la independencia, nos dicen que en el antiguo régimen el país estaba moralizado de tal suerte, que ni el menor amago sufriese la propiedad y la vida, y que con la libertad conquistada á costa de tan heroicos sacrificios en la lucha de 1810 á 1821, se abrió para México una era de infortunios y desórdenes, que han ido siendo mayores á medida que las discordias civiles han sido más frecuentes, y sobre todo desde la guerra de Reforma.

De mejor manera no puede refutarse tales y tan erróneos

asertos, como copiando aquí un interesante pasaje contenido en la obra intitulada "Glorias de Querétaro," escrita durante la dominación española por un sacerdote, entusiasta admirador de todo aquello que con la corte de España estaba ligado. Hablando de Velázquez Loera, dice:

"Cuando se partió para México á ejecutar las órdenes del excelentísimo señor virey y real acuerdo, se tocaron plegarias á su salida en todos los templos de Querétaro, porque se temía peligrase su vida á los primeros encuentros con los salteadores; pero no fué así; ántes bien, habiendo acreditado su valor y esfuerzo, lo comisionó el mismo excelentísimo señor para la facción de Tareta, donde con sólo ochenta hombres venció á cuatrocientos bien armados.

"El año de 1719, que había dejado el cargo de capitán de la Acordada, se le instó por la superioridad para que lo volviese á tomar, y en efecto, lo sirvió desde entónces hasta su muerte. Había llegado por este tiempo á tal extremo el atrevimiento é insolencia de los malvados, que en Ahuastepec cuarenta hombres "saquearon el templo y cometieron dentro de él algunos homicidios;" en Tecala y Zempoala andaban formados en cuadrillas cometiendo mil excesos, y lo mismo hicieron en Izúcar, Zumpango y otros pueblos.

"Salió D. Miguel con treinta hombres del país y algunos soldados de infantería, y dando sobre la cuadrilla de D. Juan Cerón, hijo de unos caciques de Texcoco, tuvo éste el atrevimiento de desafiar al capitán Velázquez por medio de un billete lleno de valentías y desvergüenzas. A otro día, por la mañana, fué cogido y remitido á un galeron que había en Chapultepec, donde estaban asegurados este género de reos hasta la ejecución de la sentencia. Se volvió despues contra los demas de la liga, comandados por el *sevillano* Juan Tomás y otro, *TODOS EUROPEOS*, quienes hicieron tan vigorosa defensa de armas, que duró la contienda gran parte de la noche, hasta que fueron rendidos dos de los principales y se escapó el sevillano. Mas no por esto se desalentó el infatigable Velázquez, pues siguió al sevillano lo restante de aquella noche y todo el día siguiente, hasta alcanzarlo

en una casa donde se habia refugiado: allí, al intimarle que se rindiera, mató con una arma de fuego al primero que se presentó, y queriendo abrirse camino por medio de los que le rodeaban, con un cuchillo en la mano, fué preso y remitido con sus cómplices á Chapultepec. Los tres fueron condenados á sufrir la pena de garrote, que se ejecutó el día 21 de Febrero de 1722 en sus calabozos, siendo conducidos en bestias de silla, *como se acostumbraba con los nobles*, habiéndoseles justificado veintitres robos de camino y tres homicidios atroces.

“En el siguiente mes de Marzo se ajustició á Ceron, mozo de veintitres años, á quien se le justificaron diez y seis asaltos, siendo uno de ellos en el camino de Veracruz, á los dragones que conducían y custodiaban las platas destinadas á aquella plaza. Despues siguió un compañero suyo nombrado Silvestre, y posteriormente José Cruz y Garnica por varias muertes, incendios, raptos y otros excesos. Dionisio Méndez, Juan Sánchez y otros siete con Mojica y Diego de la Corte, que fueron los de la invasion de Izúcar en la que Mojica mató á un sacerdote y todos sufrieron la pena capital.”

En el sencillo relato que acabamos de copiar se ve que un siglo ántes de que México se hiciera independiente, se hallaban infestados de malhechores los caminos, y eran capitaneados por europeos y aun formadas todas las cuadrillas de ellos; se ve que entónces, á pesar de que la Reforma no habia *desmoralizado* á los mexicanos, como dicen hoy los enemigos de ella, asaltaban los templos y cometian homicidios en su recinto, hasta en la persona del sacerdote, cosa que hoy no acontece; se ve que en tanto que á los infelices indios, por faltas relativamente leves, se les azotaba y aun daba muerte ignominiosamente, al sevillano y á sus compañeros europeos se les conducía al cadalso en bestias de silla, *como se acostumbraba con los nobles*; y por último, se ve que el gobierno colonial acudia á los *criollos*, como se llamaba á los hijos de raza española, para devolver á los pueblos la tranquilidad.

Bueno será que los detractores de la independencía estudien las épocas históricas.

Pero dejemos al lector que haga los comentarios que sugiere el pasaje acabado de citar, y continuemos narrando la vida de Velázquez de Loera. Tantos y tan útiles fueron los servicios que prestó, que el virey, el arzobispo y el alcalde mayor de Puebla informaron al rey Felipe V de los méritos contraídos por el capitán queretano, y aquel monarca le dirigió, con vista de su supremo Consejo, una real cédula muy honorífica, fechada en Aranjuez á 22 de Mayo de 1722, dándole muy particulares gracias y ofreciéndole que le tendria presente para lo que fuese de su conveniencia. Durante trece años ejerció Velázquez Loera aquel encargo, y en ellos ahorcó cuarenta y tres reos, arrestó ciento cincuenta y uno, y mandó á presidio setecientos treinta y tres, sumas mucho menores que las que arrojan las noticias de las causas sentenciadas por su hijo y sucesor. Murió el día 7 de Setiembre de 1732.

VELÁZQUEZ DE LEON, Joaquin.

El geómetra ilustre D. Joaquin Velázquez Cárdenas de Leon nació el 21 de Julio de 1752, en la hacienda de Santiago Acevedocha, cerca del pueblo de Tizicapan. Era muy niño cuando perdió á su padre, y con este motivo se encargó de educarlo un tío suyo, cura á la sazón de Jaltocan, quien le dió por maestro á un indio llamado Manuel Asensio, que gozaba de excelente reputacion por su mucho talento y por sus conocimientos en la mitología y en la historia de México. Asensio le enseñó con perfeccion varios de los idiomas indígenas y de la escritura jeroglífica de los aztecas.

Pasó despues al Seminario Tridentino de México, en donde no halló ni profesores, ni libros, ni instrumentos. Con tan escasos recursos perfeccionó sus conocimientos matemáticos y filo-